

# PARENTESIS

DIRECCION: GARIBAY, 18, BAJO.

LA CORRESPONDENCIA  
A LA DIRECCION.

NO SE DEVUELVEN  
LOS ORIGINALES.

AÑO I.

Sábado 1.º de Diciembre de 1883.

NÚMERO 15.

## UN CIGARRILLO.

### I.

NOLASCO.

—¿No fuma usted? dije, alargando un cigarro de papel á Nolasco, un anciano periodista de gran actividad y notable instruccion.

Hizo un gesto de disgusto, rechazando la oferta. En efecto; olvidé que jamás le habia visto fumar, y como por broma, pensando que una repugnancia física le hacia enemigo del tabaco insistí.

—Vamos, fume usted siquiera por una vez; y volví á alargarle el cigarrillo.

—¡Fumar yo! exclamó espantado y palideciendo al ver cerca de sí el cigarro de papel ¿qué quiere usted de mí, amigo mio? añadió exaltado, huyendo del cigarro como de un arma venenosa.

Yo me eché á reir.

—¡Pero qué cosa más extraña! pensé al ver la cara de terror de mi respetable compañero. ¡Bah! otra rareza, me dije, á pesar de que nada me infunde más respeto que estos hombres que á la vista de las gentes suelen pasar por estrafalarios y ridículos, sin que nadie se cuide de averiguar si lo que se toma por capricho extravagante tiene un natural y justificado motivo; pero la verdad, ver un hombre tan serio hacer ante un cigarrillo de papel los gestos de espanto, que fueran ridículos aun en una damisela, me hizo recrudescer la broma.

—Hombre, es usted un enemigo tan irreconciliable del tabaco, producto, segun los musulmanes, de la saliva que el Profeta arrojó al absorber la herida que le hizo una víbora, veneno dulce y sagrado. Vamos, un cigarrillo... Y tomé expresion de Yago malvado, de Sancho socarron y de Mefistófeles tentador.

—He fumado, contestó. ¡Oh, por Dios, dejeme usted! ¿No le basta mirarme? Un cigarro me hace sufrir horribilmente.

Estaba lívido; luego del espanto, debió sucederse la irritacion. Nolasco debió, en efecto, padecer mucho en tan brevísimo tiempo. Su seriedad me impuso.

—No insisto... ¿quién podia pensar?... me he permitido una broma que no creí mortificara á usted. Respeto á usted mucho, y le debo instruccion y consejo, para que mi intencion fuera otra que la que inspira una confianza cariñosa... perdóneme usted, amigo Nolasco, y como prueba de cuanto decia, yo mismo, arrojé mi cigarrillo que cayó destripado al suelo.

Me contestó Nolasco con una bondadosa sonrisa... y cubriéndose la cara con un monstruoso periódico americano, volvió á su trabajo y yo á mi tarea.

Estaba yo disgustado, sentia haberme permitido una libertad tan pueril... ¿pero no era inocente?

El lo debió comprender; cuando salimos del trabajo me dijo:

—No sufra usted amigo mio; acompáñeme usted á casa, sabrá usted todo.

—¿De qué se trata? pregunté asombrado.

—¡Del maldito cigarro! dijo con mal humor.

—¡Ah! exclamé con pena.

Pero sentí reir en mi la innata crueldad humana.

### II.

LUCÍA.

Entramos en casa de Nolasco, me hizo pasar á su cuarto de estudio; una barahunda de papeles y una Babel de libros le llenaban; descargando estaba el anciano periodista una silla sobre la que habia una torre de periódicos, y no me habia ofrecido asiento, cuando entró en el cuarto una preciosísima niña como de unos diez años, y se abrazó á las rodillas de mi amigo; una señora de mediana edad asomó su dulce cabeza por la puerta: era su esposa.

—Ola, papá, dijo la niña gozosa.

Mi amigo no habia abandonado su aspecto triste, y sentándose tomó con sus manos la cabeza de la niña, y dijo:

—¿Verdad que es bonita? mire Vd., y se dirigió á mí. Me acerqué á besar á la hija de mi compañero, una niña de blondos cabellos rubios, cara hermosa, palpitante de alegría, una frente blanquísima que esperaba un beso, unos labios chiquitos que prometian mil.

—Esta es mi Carmencilla, dijo Nolasco. ¿Vé Vd, sus ojos? Son hermosos: ven la luz del sol, ven los juguetes, ven á sus padres, pueden verlo todo...

—Por Dios, Nolasco, exclamó con acento apenado la esposa de mi amigo, que no habia pasado de la puerta.

Confieso que dudé del estado de razon de mi anciano compañero.

Este hizo una señal con la mano, como suplicando á su señora que se alejara.

—¡Papá! dijo la niña con acento de cariñosa súplica.

—¿Vé usted estos ojos? continuó Nolasco, dirigiéndose á mí.

Los miré, en efecto; eran hermosos, de largas pestañas, rasgados, españoles; la luz arancaba de ellos los secretos de reflejos irisados: en su fondo se adivinaban transparencias inocentes, un mundo de sueños infantiles, divinos pensamientos, como á través del mar diáfano las mágias del coral, indecisas y riquísimas.

—¡Hermosos hojos! dije.

El anciano se dirigió á una puerta contigua y la abrió bruscamente.

—Sal, Lucia, dijo.

Sentí pasos, y apareció á mi vista una joven de diez y ocho años, esbelta, elegante, de pelo rubio, de la misma hermosura que la hija de mi amigo, realizada por la esplendidez de una adolescencia encantadora y por un misterio inexplicable andaba reposadamente con las manos extendidas como los sonámbulos y los ojos cerrados.

—Es ciega, gritó con voz honda y ahogada el padre.

—Hace diez años, ella, como su hermana Carmen ha venido hoy, vino á mí, se abrazó á mis piernas, yo tenia un cigarrillo en la boca, porque era fumador incorregible, y la niña, con un impulso de ángel, con su vuelo infantil, con su regocijo cariñoso, dióme un golpe tal que no tuve tiempo, ó tan imbécil fuí que no le hallé, de quitar el cigarro de los labios, descompúsose el cigarro y el fuego cayó esparcido en

chispas en los ojos de la niña que gritó horribilmente.... ¡Habia cegado!

Nolasco cayó abatido en la silla, arrastrando en sus brazos á su hermosísima hija.

—¡Yo, yo que la idolatro, la he privado del sol!—exclamó.

Sentí un frio intenso, dos lágrimas brotaron de mis ojos y con la mano que tenia en el bolsillo del pantalon estrujé mi cajetilla de cigarros, y hubiera estrujado... fanatizado por la emocion á los 900 millones de fumadores que hay en el mundo.

Para que se vea cómo lo trágico puede saltar de la chispa de un cigarro.

J. Zahonero.

## NEGUA.

Allegatu zazkiguk ire otz, bustiak;  
Euri, aize, izotzak eta ekaitz guziak.  
Zikindu dituk ibai, iturri garbiak;  
Zillartu ibar, zelai, mendi ta erriak.  
Ire etorrerarekin, arboia apainduak  
Ikusitzen dizkigu choll itsusituak:  
Ezur uts egiñikan oian orritsuak;  
Otadi; barrutiak oso larrutuak.  
Menditik eziñ digu ekarri egurrik:  
Ez ditezkek ardiak irten artegitik:  
Abelgorrietzako, ez digu zer janik:  
¡Ez ago guk nai beziñ laster iragorik!  
Chori gaisoak ere iges ditek ariñ  
Kabi bero polttak utzi eta egiñ:  
¡Errukienak! gnora zijoaztek orañ  
Lajaturikan emen ainbeste atsegin?...  
Ez lezakek artzaiak salechetik irten,  
Zeren ez dek elurra beñere gelditzen:  
Eta, otso odolzale batek dik izutzen  
Zaiolako atera kontuz urbildutzen.  
Yzotzarekin galdu dituk landareak;  
Erre niñika mardul, orri ta loreak,  
Emango zituztenak sarri laboreak:  
¡Uztaren truk izango dizkigu goseak!

Itsas urdiñak ere oso dituk naasi:  
Arrantzalechoari ez diok nai utzi  
Aur mainteentzat ogia dezan irabazi:  
Urzelaletan ere, azkenik nagusi.  
Zeren jaunarekiko konfiantzarekin,  
Yñoz irteten bada dembora onakin,  
Egaztiak oi duen gisa elchoakin,  
Irechitzen dek ira izugarriakin.  
Atez ate zebiltzak eskale gaisoak  
Dituztela agirian aztal ta zangoak:  
Oen gose ta otzak dituk alakoak  
Ezik, zerizkiotek begitik malkoak.  
¡Aur urrikariak! ez dituk atrebitzen  
Jaunaren izenean zerbait eskatutzen!  
Añ miseri aundiak zituzten sufritzen  
Eze, illotzik dituk lurrera erortzen.  
Orra zer naigabeak sortutzen ditukan:  
Egi egiaz, ez dek emen gauzarikan  
Iretzat ez duenik arrenkurarikan;  
Nai arren ezin ditek itz bat onik esan.  
¡Zeñen biotz gogorra dekan jñh Negua!  
Baldin inpernutikan bai aiz biraldua,  
Ire kastiguakin on dediñ mundua,  
Onduko gaituk, eta, berriz ara ua.

C. DE OTAEGUI.